

# ENJAULADA

Accésit local

Magaceda Martínez Rodrigo

Aquella tarde el sol llameaba. El parque estaba desierto, solo los pájaros jugaban a perderse. Y él, que paseaba solo. No tenía permitido pensar en nadie más. Respiraba para él. Comía para él. Trabajaba para él. Su mundo era él. Sí, era lógico, ¿verdad? Su padre le había enseñado que lo más importante era su propia felicidad, sin importar el coste.

Entre la hierba se encontró un huevo resplandeciente, que se habría caído de uno de los árboles. Se quedó prendado y, sin pensar en la mamá del pequeño, se apropió de él. Preparó una fría jaula celeste donde puso al huevo, le proporcionó calor y compró pienso para pájaros. No pasó ni una semana cuando al fin el pequeño nació.

Una ninfa apareció ante sus ojos, con plumaje azul cubriendo su cuerpo y dorado en su rostro. Las plumas de su cresta eran aún muy pequeñas. La bautizó como Carolina. La vigiló devotamente. Adoraba pasar el tiempo junto a su ninfa, que cada vez cantaba más. La pequeña creció, la jaula le agobiaba. Él decidió comprar otra más grandiosa, dorada, digna de la realeza. Porque su ninfa era eso, su reina y él su rey. ¿Y acaso no era la ninfa más bendecida? Tenía un hombre que le daba todos los mimos, a cambio ella solo tenía que hacerle compañía, cantar para él y ser agradable.

Al principio la ninfa se sobresaltó, la jaula nueva era enorme y desconocida. Paseó con cuidado, analizando su nueva cárcel. A él le pareció encantador, claro. Tan temerosa ella, tan pequeña de nuevo. No pasó mucho hasta que Carolina se acostumbró y entonces, por primera vez en su vida, recapacitó. Lo que tanto tiempo había creído su único lugar en el mundo había desaparecido y sustituido por otro más grande, con otro color y otra forma. ¿Eso significaba que podía cambiar de nuevo?

Él volvió y ella, en lugar de cantar como siempre, voló agitando los barrotes de la jaula. ¿Qué le pasaba?, pensó él. La ninfa daba vueltas, golpeándose. Si seguía así iba a dañar sus plumas.

Compró una nueva jaula, magnífica y hermosa. Era digna de una diosa. Estaba decorada con plantas, con agua, con rocas. Se asimilaba al claro de un bosque. Con esta jaula la ninfa debería estar satisfecha. Carolina observó su nueva cárcel. Era tan distinto a lo que había visto toda su vida, pero tan estimulante, que no le costó nada habituarse. Cantaba eufórica y él se alegró. La ninfa había vuelto a ser la que era, había vuelto a creer que esa mentira era real.

Pero el agua no corría, no podía nadar ni beber. Las plantas no tenían olores variados. Las rocas se aplastaban con facilidad. Carolina se dio cuenta de que algo fallaba. ¿Y por qué siempre estaba sola? ¿Por qué no podía ver a nadie? ¿Por qué no podía salir de aquel lugar? Él se volvió a marchar. ¿A dónde iba cada día? ¿Por qué él salía y ella no? ¿Qué derecho tenía para mantenerla prisionera?

Echó a volar, golpeando las barras de la jaula. Si él podía cambiar su cárcel, ella podría salir, ¿no? Golpeaba, por un lado, por el otro, golpeaba arriba, abajo. Rojo. Líquido. Algo más espeso que el agua. Más caliente. Su cabeza dolía fuerte. Paró.

Él volvió y se encontró a la ninfa sangrando, tumbada en la jaula, los barrotes manchados. Se enfadó y ella no entendía por qué. ¿Qué había hecho para recibir su ira? Claro. Quería ser libre, independiente, valiente. Separarse de él. Aquel hombre le retiró la jaula digna de una diosa, le castigó, volvió a ponerle la jaula dorada. La ninfa se entristeció. Pero no se hizo pequeña de nuevo, también estaba enfadada con él.

Cuando volvió a su casa de trabajar se encontró la jaula tirada, con manchas de sangre. Ella se había liberado y él nunca más volvió a ver a ningún pájaro bailar.